

No dijeron ser terrícolas

El puerto espacial de Marte se había convertido en un subsidio de descarga biológica: formas de vida basadas en el carbono. Como ellos, como los marcianos. De aquello hacía ya dos años, y si quedaba algún hueco, dejado por un cadáver, era para el remordimiento.

- Todo ha sido una subrepticia subversión política y legal –se quejó Amalc, el Ministro de defensa de Marte-. Actúan bajo su propio criterio, acatando normas de su... *jurisdicción*.

- Se les asignó un territorio, señor Ministro –trató de defenderlos Mecap, el responsable de relaciones extramarcianas-. Tienen su propia cultura; ¿no desearía oír sus testimonios?

- ¡Ni en broma! –levantó la voz-. Ya he oído suficientes excusas como para andar interpretando nuevos motivos. Nuestra tecnología es mucho más destructiva que la suya, y sin embargo, los crímenes han aumentado desde su llegada. Cuando se les detiene, apelan a sus derechos constitucionales. ¡¿Qué derecho se impone a arrebatar una vida?!

Mecap bajó la cabeza y se resignó ante las palabras del Ministro de defensa. No podía contrariarlo. Sin decirlo, había sido claro: debían detener la inmigración. Después de todo lo que había luchado por aceptar la jurisprudencia extramarciana como parte de la constitución local.

* * *

El desolado Mecap volvió a casa y, sentado en su mecedora, a través de la ventana, contemplaba melancólico las anacaradas montañas marcianas, envueltas por el tenue atardecer que matizaba el grácil cobrizo color que las caracterizaba. Su esposa, frente a él, lo miró con ojos afligidos.

- Estás preocupado –afirmó la señora Mecap-. Pero el Ministro de defensa tiene razón: no podemos permitir que porten armas. Ya has visto los resultados. Pero no es tu culpa, amor mío –añadió con calma-. Sólo actuaste de buena fe, confiando en un pueblo extranjero. Debiste estudiar más a los terrícolas.

- No dijeron ser terrícolas –casi susurró, cansado-. Se presentaron como norteamericanos.